II EDICIÓN CONCURSO INTERNACIONAL DE CUENTOS | VARIOS AUTORES

A todo color

Cuentos para hacer frente a la discriminación de la infancia migrada y racializada

La **II Edición del Concurso Internacional de Cuentos "A todo color: Cuentos para luchar contra la discriminación de la infancia migrada y racializada"** parte de la convicción de **Movimiento por la Paz -MPDL-** de que la literatura tiene un enorme potencial para remover conciencias y promover cambios hacia una mayor justicia social y para la construcción de una sociedad pacífica a la que aspiramos.

Estos cuentos visibilizan las expresiones de racismo y xenofobia que afectan, en especial, a la infancia y juventud migrada o racializada, en España o cualquier otro lugar del mundo. A través de estos cuentos queremos poner en común propuestas para la superación de estas discriminaciones y la **garantía de la convivencia intercultural y diversa**.

Movimiento por la Paz

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL Y MIGRACIONES

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL Y MIGRACIONES

II EDICIÓN CONCURSO INTERNACIONAL DE CUENTOS | VARIOS AUTORES

A todo color

Cuentos para hacer frente a la discriminación de la infancia migrada y racializada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cual¬quier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propie¬dad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

© Camino Guardia Álvarez, 2025
© Miguel Melgar Garrido, 2025
© Joselín Castañeda Triana, 2025
© Manuel Joaquín Moguer Foncubierta, 2025
© Francisco García Jiménez, 2025
© América Isabel Sánchez Rodríguez, 2025
© Ilustración: Tamires María Lima Goncalves Santos, 2025
© Edición y corrección de texto: Laura del Caso Gómez, 2025
© Maquetación: Movimiento por la Paz, 2025
© Movimiento por la Paz, 2025
www.mpdl.org

Con la financiación de:

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL Y MIGRACIONES

II EDICIÓN CONCURSO INTERNACIONAL DE CUENTOS | VARIOS AUTORES

A todo color

Cuentos para hacer frente a la discriminación de la infancia migrada y racializada

escuchar
ascendencia
identidad
I love you*
diversidad
tamitiva

El árbol que sabía escuchar

Joselín Castañeda Triana

En Valle Quieto, nadie sabía escuchar de verdad. La gente hablaba rápido, se interrumpía, y las palabras volaban por el aire sin que nadie las atrapara con cuidado.

Amara había llegado hacía tres semanas. Tenía ocho años, ojos grandes como lunas llenas, y un acento que apenas hacía que las palabras salieran de su boca más despacio, buscando su lugar en este idioma nuevo.

El primer día de clase, cuando levantó la mano para responder una pregunta, los niños empezaron a reírse antes de que terminara su frase.

—¿Por qué hablas tan raro? —preguntó alguien desde el fondo.

—Más rápido, Amara —dijo la maestra, mirando el reloj—. No tenemos todo el día.

Pero Amara necesitaba tiempo. Necesitaba que sus palabras encontraran el camino entre dos idiomas, entre

dos mundos. Y nadie parecía dispuesto a esperar a que terminara de construir ese puente.

En el recreo era peor. Los otros niños se alejaban o hablaban más rápido, como si tuvieran prisa por dejarla atrás. Amara empezó a cargar un cuaderno en el que escribía las cosas que quería decir pero que nadie esperaba escuchar. Las palabras se quedaban atoradas en su garganta como pájaros asustados.

Una mañana, cansada que nadie la escuchara, Amara caminó hacia el rincón más olvidado del patio. Allí había brotado algo extraño: un pequeño árbol que no había estado ahí el día anterior. Sus hojas tenían colores que cambiaban según la luz, y sus ramas se extendían como brazos abiertos.

Amara se sentó junto a él y, poco a poco, las palabras empezaron a salir solas, en voz baja, con su acento y a su propio ritmo.

—En mi país había montañas tan altas que tocaban las nubes. Mi abuela me contaba historias cada noche. Extraño su voz. Extraño las palabras que siempre estuvieron en mi boca.

Mientras hablaba, algo maravilloso sucedió. El árbol creció. Sus ramas se estiraron hacia el cielo, y en ellas aparecieron pequeños capullos que brillaban con luz suave. Amara tocó el tronco con la punta de los dedos.

—¿Tú... tú me escuchas?

El árbol no respondió con palabras, pero uno de los capullos se abrió y se convirtió en un fruto luminoso de color azul profundo, el color de la nostalgia.

Amara volvió al día siguiente, y al siguiente. Cada vez que hablaba desde el corazón, el árbol crecía y sus frutos brillaban con diferentes colores. La tristeza era azul. La alegría era amarillo dorado. El amor era rosa suave. La esperanza era verde brillante. Por primera vez en mucho tiempo, Amara sentía que alguien la escuchaba sin prisa, sin burlas, sin interrupciones.

Al tercer día, el árbol era tan grande y sus frutos brillaban tanto que ya no podía esconderse. Los niños empezaron a reunirse alrededor, curiosos.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofía, la niña más popular.

—Es un árbol que escucha —respondió Amara con voz firme.

—Los árboles no escuchan —se burló un niño.

Pero Lucas, un niño callado que usaba audífonos, se acercó despacio.

—¿Puedo quedarme?

Amara asintió.

Lucas se sentó bajo las ramas y empezó a hablar de cómo se sentía cuando la gente se impacientaba porque él no escuchaba rápido, y de cómo a veces el mundo era demasiado ruidoso. Mientras hablaba, nuevos frutos aparecieron en el árbol, de colores diferentes.

—El árbol escucha a todos —susurró Amara—, pero solo si hablas de verdad.

Sofía se sentó también. Empezó a hablar de cosas superficiales, de su ropa nueva, de lo aburrida que era la clase. El árbol permaneció inmóvil. Ni una hoja se movió.

—Tienes que hablar con el corazón —dijo Lucas—. El árbol solo crece con palabras verdaderas.

Sofía se quedó callada un momento. Luego, casi en un susurro, dijo:

—Tengo tanto miedo de no ser perfecta que me duele el estómago. Todo el mundo espera que yo sea la mejor, y estoy cansada de fingir.

El árbol floreció. Un fruto color púrpura apareció entre sus ramas, brillante y hermoso.

Uno a uno, más niños se acercaron. Chen contó que extrañaba a sus abuelos y que a veces soñaba en otro idioma. Fátima habló de cómo la llamaban "la mora" y de cómo esas palabras se clavaban como espinas. Diego confesó que se había burlado de Amara porque tenía miedo de que se burlaran de él.

Algo extraordinario estaba sucediendo bajo ese árbol. Los niños no solo hablaban: también se escuchaban. De verdad. Sin interrumpir, sin juzgar, sin prisas. Y mientras escuchaban, descubrían que Amara tenía historias increíbles. Que su acento no hacía las palabras raras: las volvía únicas. Que hablar dos idiomas era un superpoder.

La noticia del árbol llegó a oídos de los adultos. La maestra y algunos padres vinieron a ver qué tontería era esa.

—Deberían estar estudiando —dijo uno—, no perdiendo el tiempo.

Pero los niños los invitaron a sentarse.

—Cuéntenos algo verdadero —dijo Amara con voz firme.

La maestra se sentó, escéptica. Intentó hablar como siempre hablaba, con ese tono profesional y distante. El árbol no reaccionó. El silencio que siguió fue incómodo, pesado.

Finalmente, la maestra bajó la mirada:

—Cuando tenía tu edad, Amara, yo también me mudé a este pueblo. También tenía un acento diferente. Los niños se burlaban de mí. Lloré tantas noches... Y entonces aprendí a hablar como ellos, a esconder todo lo que me hacía diferente. Con el tiempo olvidé lo que se siente al ser excluida, y por eso no te defendí. Perdón.

El árbol floreció con un fruto púrpura profundo, el color del arrepentimiento sincero. Otros adultos empezaron a compartir sus historias. El padre de Sofía admitió que él también había escondido su acento. La madre de Diego contó que su familia había hablado otro idioma hasta que se lo prohibieron. Casi todos tenían una historia de silencios impuestos.

—Transmitimos el mismo rechazo que nos hizo daño —dijo la maestra—. Pero podemos romper ese círculo.

Y lo rompieron. El árbol se convirtió en el corazón del pueblo. Crearon la hora de la escucha en la escuela. Cada día, un niño se sentaba bajo el árbol y compartía su historia, y los demás escuchaban de verdad. Cuando llegaba alguien nuevo al pueblo, le decían: “Aquí puedes hablar como eres. Aquí te escuchamos”.

Amara ya no escondía su acento. Levantaba la mano en clase y tomaba todo el tiempo que necesitaba. Enseñó a sus compañeros a decir “amiga” en su idioma, y ellos

le enseñaron canciones en el suyo. Descubrieron que cuando mezclaban palabras de diferentes lugares, creaban algo nuevo y hermoso.

Con el tiempo, los niños descubrieron algo más maravilloso: cuando aprendían a escuchar de verdad, ya no necesitaban estar bajo el árbol para que la magia sucediera. Podían crear esa escucha en cualquier lugar. El verdadero árbol mágico estaba en el corazón de quien elige escuchar.

Una tarde dorada, Amara y sus amigos se sentaron bajo las ramas enormes llenas de cientos de frutos luminosos. Cada uno representaba una historia escuchada, una voz honrada.

—Antes pensaba que mi voz era demasiado lenta, demasiado diferente —dijo Amara—. Pero ahora sé que cada voz tiene su propio ritmo, su propia música.

—Y cuando escuchamos de verdad —añadió Lucas—, podemos oír la música que cada persona lleva dentro.

Sofía sonrió:

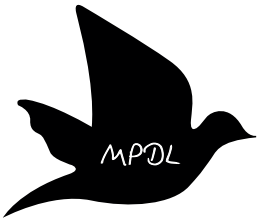
—El árbol nos enseñó que escuchar no es solo quedarse callado. Es abrir el corazón para que las palabras del otro encuentren un lugar donde quedarse.

Y así fue como en Valle Quieto, que dejó de ser quieto para llenarse de voces diversas, el árbol siguió creciendo. Porque mientras haya alguien dispuesto a escuchar de verdad—sin prisa, sin juicio, sin burla—siempre habrá magia. La magia de reconocer que cada palabra dicha desde el corazón merece ser escuchada. Que cada acento cuenta una historia de caminos recorridos, de valentías

silenciosas, de mundos que se encuentran. Y que escuchar, escuchar de verdad, es el primer acto de amor contra la discriminación.

El árbol sigue ahí. Sus ramas se extienden como brazos que abrazan a quien necesita ser escuchado. Sus frutos brillan con mil colores diferentes, tantos como historias hay en el mundo. Y en sus hojas, si miras con cuidado, puedes leer palabras en muchos idiomas, todas diciendo lo mismo:

"Te escucho. Te veo. Importas".



El Club de los Nombres Largos

Camino Guardia Álvarez

En la clase de tercero, cada mañana empezaba igual:

—¡Lista de asistencia! —decía la señorita Maribel.

Y entonces pasaba algo que ponía nerviosos a tres compañeros.

—A... ¿A... Alib...? ¿Ali?

—Me llamo Alíban, profe.

—¡Eso! Ali...ban...

Alíban suspiraba. Después venía el turno de su amiga:

—Mmm... ¿Ngu...? ¿Nguan...?

—Nguanshi, señorita. Es fácil, como *Guan-chi*.

—Ah, vale, vale. Te llamaré Ana.

Nguanshi se encogía en la silla.

Por último, la profesora llegaba a:

—Pa... Pa... ¿Pachid...?

—Pachidarya, señorita.

—¿No te importa que te llame "Pachi", verdad?

A Pachidarya sí le importaba. Pero tragaba saliva y respondía bajito:

—No, señorita.

Ese día, en el recreo, los tres se reunieron detrás del árbol del patio.

—Siempre me cambian el nombre —se quejó Alíban—. ¿Qué cuesta aprenderlo?

—El mío dicen que es "muy largo" —dijo Pachidarya.

—Y el mío que "suena raro" —añadió Nguanshi.

Se miraron los tres, serios. Entonces, Pachidarya levantó un dedo como si hubiera encontrado la idea más grande del mundo.

—¡Fundemos un club!

—¿Un club de qué? —preguntó Alíban.

—De los Nombres Largos. Para enseñarles a todos a decirlos bien.

Esa misma tarde, se pusieron manos a la obra. Usaron cartulinas viejas de la biblioteca y rotuladores de colores. Cada uno escribió su nombre en letras grandes y, debajo, ideó un truco para que los demás pudieran pronunciarlo:

Alíban: "*ALI* como amigo, *BAN* como banco".

Nguanshi: "Se dice *Guan-chi*, como un tren que arranca: ¡Chiiiii!".

Pachidarya: "*PA-CHI-DA-RYA*, cuatro palmas".

Al día siguiente, llevaron las tarjetas a clase.

—¿Qué es eso? —preguntó Samuel, el de la fila de atrás.

—El Club de los Nombres Largos —respondió Nguanshi con voz firme.

—¿Y para qué sirve?

—Para que no nos cambien los nombres.

La primera en probar fue la propia maestra.

—A ver... Ali...ban. ¿Está bien?

—Casi. Diga conmigo: *ALI* (como amigo), *BAN* (como banco).

—*ALI-BAN*. ¡Perfecto!

Toda la clase aplaudió. La profe sonrió, un poco sonrojada.

Luego le tocó a Samuel. Miró la tarjeta de Nguanshi.

—Nguanshi... ¿Así?

—¡No! Es *Guan-chi*. Como el tren: *¡CHIIII!*

Samuel se rio y lo intentó de nuevo:

—*Guan-chi*.

—¡Exacto!

Pronto el club se hizo famoso en el colegio. En cada recreo llegaban nuevos miembros: Fatoumata, Alexandros, Yasmine, Zhihao. Cada uno con su cartel y su truco.

—El mío tiene ocho letras —decía Alexandros—. Y todas caben en mi camiseta.

—El mío rima con tomate —bromeaba Fatoumata.

—El mío parece trabalenguas, pero tiene ritmo — explicaba Zhihao.

El árbol del patio se llenó de carteles de colores. Ya no era solo un rincón; parecía una feria de nombres.

No todos lo aceptaban con facilidad.

—Bah, ¿para qué tanto lío? —dijo Claudia una mañana—. Es más fácil llamaros como siempre.

Nguanshi frunció el ceño.

—¿A ti te gustaría que yo te llamara "Clau" todo el tiempo aunque no quisieras?

Claudia se quedó callada. Nadie se lo había dicho así.

—Bueno... supongo que no.

El director del colegio se enteró y quiso verlo con sus propios ojos.

—¿Qué es todo esto?

—Nuestro club —explicó Pachidarya—.

—¿Y qué hacéis?

—Enseñamos a pronunciar los nombres. Porque cada nombre es un superpoder.

El director arqueó las cejas.

—¿Un superpoder?

—Claro —dijo Alíban—. Cuando alguien te llama por tu nombre de verdad, te sientes fuerte.

El director sonrió y se acarició la barba.

—Creo que esto merece mostrarse en la fiesta de la escuela.

Llegó el día. En el patio de la escuela había banderines, mesas con refrescos y sillas para todas las familias. Los del Club de los Nombres Largos estaban nerviosos, pero habían preparado un plan: cada uno subiría al escenario, enseñaría su tarjeta y contaría su truco.

El primero en subir fue Alíban.

—Me llamo ALÍBAN. *ALI* como amigo, *BAN* como banco. ¡Probad todos!

El público repitió a coro: "ALI-BAN".

Después subió Nguanshi.

—Me llamo Nguanshi, pero se dice Guan-chi. Como un tren: ¡Chiiii!

El gimnasio entero chilló como trenes en marcha.

Pachidarya subió la última.

—Mi nombre tiene cuatro palmas: *PA-CHI-DA-RYA*.

—¡*PA-CHI-DA-RYA*! —repitieron todos aplaudiendo.

Cuando terminó, hubo un silencio breve. Y luego un aplauso tan fuerte que los carteles de colores temblaron en las paredes.

Al lunes siguiente, en la lista de asistencia, la señorita Maribel respiró hondo y, con voz clara, dijo:

—Alíban.

—Aquí.

—Nguanshi.

—¡Presente!

—Pachidarya.

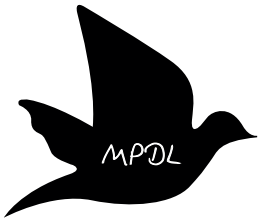
—Aquí estoy.

Nadie suspiró, nadie se encogió en la silla.

Ese mismo día, la escuela decidió que cada año habría una Fiesta de los Nombres, donde todos los peques podrían presentar el suyo como si fuera un tesoro.

Y en el árbol del patio quedó un cartel enorme que decía:

"Cada nombre cuenta entero".



El festival de los colores

Miguel Melgar Garrido

Había una vez, muy lejos de aquí, un pueblo llamado Luma. Era un lugar tan, tan colorido, que hasta las sombras parecían tener brillo. La apariencia de las casas era de lo más singular y dispar: las había blancas, amarillas, rosadas, ¡azules incluso! Los árboles cambiaban de tonalidad con las estaciones, y hasta los perros y gatos parecían pintados con pinceles de arcoíris. Pero lo más hermoso de Luma eran sus niños y niñas: unos tenían la piel como la nieve, otros como la miel, otros como la arena, otros como el chocolate. Cada cual, con su propio color... ¡y su propia sonrisa!

Entre todos sus vecinos vivía Yara, una niña de piel muy oscura y ojos que resplandecían como las estrellas. Yara amaba correr, cantar y trepar los árboles más altos. Santi era su mejor amigo, un niño de piel clara y cabello dorado, famoso por construir los mejores castillos de arena del pueblo. Ambos iban juntos al único colegio del

lugar, pues al ser un pueblo pequeño, bastaba con un solo centro para todos. Su seño se llamaba Sol, y siempre que hacía buen tiempo, prefería salir al patio para impartir sus clases y enseñanzas bajo el viejo roble. Un día próximo a las vacaciones de verano, mientras reponían fuerzas durante el recreo, la maestra Sol anunció a su clase con una gran sonrisa:

—¡Atención, atención todos y todas! Este mes celebraremos el Festival de los Colores de Luma. Tenemos que formar grupos de seis miembros cada uno y pintaremos un mural que muestre lo bonito que es vivir aquí.

Todos aplaudieron emocionados y llenos de entusiasmo. Yara, Santi y sus amigos se reunieron enseguida para planear lo que querían plasmar en su mural, aunque con sigilo, ya que no querían que ningún otro equipo les copiara o robase la idea.

—Pintemos un gran arcoíris —susurró Yara.

—Y debajo, niños y niñas de todos los colores —añadió Santi.

Pero en el grupo también estaba Roque, que frunció el ceño.

—¿De todos los colores? —preguntó—. Mi papá dice que hay colores que no combinan con otros.

El pincel de Yara se quedó inmóvil de repente.

—¿Cómo que no combinan? —murmuró cariacontecida—. Todos los colores son bonitos.

Roque encogió los hombros.

—Bueno... mi papá dice que hay que pintar a todos del mismo color, así se ve más ordenado.

Santi se cruzó de brazos.

—Pues yo creo que el mundo sería aburridísimo si todos fuéramos iguales.

Roque no contestó y siguió pintando, haciéndose el loco como si no hubiera escuchado a Santi.

Durante varios días, el grupo trabajó en el mural, pero Yara ya no sonreía igual; se le notaba triste y afligida. Cuando Roque la miraba, ella bajaba la cabeza o miraba hacia otro lado. Su pincel se movía más lento, como si el color se le hubiera escapado del corazón.

Una tarde, cuando todos se fueron, Yara se quedó sola mirando pensativa el mural. El sol empezó a caer lentamente, iluminando los colores que aún estaban frescos. De repente, escuchó una voz grave detrás de ella:

—¿Por qué estás tan seria, pequeña Yara?

Era Luma, la tortuga sabia del pueblo. Su caparazón relucía con manchas de todos los colores del mundo. Era tan mayor y llevaba tanto tiempo viviendo allí que la alcaldesa propuso a los vecinos poner en su honor su nombre al pueblo, y a todos les pareció bien. Yara suspiró.

—Creo que a algunas personas no les gusta mi color —dijo con abatimiento.

Luma reptó lentamente hasta un estanque cercano.

—Ven —le dijo—. Quiero enseñarte algo.

El agua estaba tan en calma que parecía un espejo.

—Mírate —ordenó la tortuga—. ¿Qué ves?

—Veo... mi reflejo —respondió Yara.

—¿Y qué más ves alrededor? —preguntó Luma—. Fíjate en el cielo, las flores, los árboles...

—Muchos colores —dijo Yara.

—Exacto —asintió la tortuga—. ¿Y si todo fuera del mismo color? ¿El cielo, las flores, los árboles, tú, yo...?

Yara rio un poquito.

—¡Sería demasiado pesado y empalagoso!

—¡Pues ahí lo tienes! —exclamó Luma con una carcajada—. El mundo necesita todos los colores para ser perfecto, único e irrepetible. No dejes que nadie te haga olvidar eso.

Las palabras de la tortuga se quedaron resonando en su cabeza. Al día siguiente, cuando todos volvieron a pintar, Yara habló con decisión:

—He pensado en una idea nueva —dijo—. Cada uno pondrá sus manos pintadas sobre el mural, con el color que más le guste. Así mostraremos que todos formamos parte del mismo arcoíris.

Santi aplaudió:

—¡Sí! ¡Manos de colores!

Uno a uno fueron estampando sus manos: rojas, amarillas, verdes, violetas...

Cuando llegó el turno de Yara, plasmó sus manos de color chocolate justo en el centro y el mural cobró vida. Incluso Roque, que al principio dudaba, se acercó con timidez.

—Bueno... —dijo—. Supongo que puedo poner las mías también.

Eligió el color naranja, y dejó sus huellas junto a las de Yara. Cuando terminaron, todos se quedaron mirándolo en silencio. Era precioso, un arcoíris abrazado por huellas de todos los colores.

Y por fin llegó el día del festival. Las calles de Luma estaban llenas de banderines, música y risas. Los grupos fueron uno a uno mostrando sus murales: había paisajes con animales, planetas y sus satélites, juegos tradicionales... Pero cuando apareció el mural de Yara y sus amigos, todos se quedaron boquiabiertos. La maestra Sol rompió el silencio y dijo emocionada:

—Este mural no solo muestra colores, muestra corazones. Nos enseña que las diferencias no nos separan... ¡nos unen!

Y así, el mural de Yara y sus amigos ganó el Premio al Mural Más Inspirador. Roque se acercó después, con la cabeza baja.

—Yara... lo siento. Perdóname por lo que dije. Pensé que repetir lo que oía en casa estaba bien, pero ahora sé que no.

Yara sonrió con dulzura.

—No pasa nada. Todos podemos equivocarnos y aprender de nuestros errores.

—¡Eso es lo importante! —exclamó Luma mientras abrazó enérgicamente a Roque.

Desde aquel día, el mural sigue colgado en la plaza de Luma. Y cuando el sol lo acaricia, un destello dorado aparece justo donde Yara puso su mano. Algunos dicen

que es la luz del sol, otros; que es la magia de Luma, recordando que:

EL MUNDO NECESITA TODOS LOS COLORES PARA BRILLAR

libertad
compartir
interculturalidad
jugar
expresarse

Dos flautas y un mismo aire

Camino Guardia Álvarez

En el recreo siempre mandaba la pelota. El balón iba de un lado a otro como si tuviera dueño propio: golpe contra la pared, gritos de gol, alguien que protestaba porque le habían dado en la espalda. Todo sonaba igual hasta el día en que un silbido extraño se coló entre los botes.

No era el timbre ni un pájaro. Era una flauta.

Laila dejó de dibujar círculos con un palo y buscó con la mirada.

Al fondo del patio, sentada junto al árbol más grande, estaba la niña nueva, Nayra, con un tubo de madera claro y brillante. Movía los dedos con rapidez, y de la flauta salía una melodía que parecía reírse del viento.

—¿Eso es tuyo? —preguntó Laila acercándose.

—Sí. Es la canción de mi abuela. Se llama Kandia.

Nayra pronunció la palabra despacio, como si tuviera peso. Laila no sabía qué significaba, pero le sonaba a agua corriendo sobre piedras.

—Yo tengo una flauta en casa —dijo—. Mañana la traigo.

A la mañana siguiente, en vez de correr al columpio, Laila sacó de su mochila una flauta marrón de plástico, con los agujeros un poco torcidos. Nayra sonrió.

—Podemos tocar juntas.

El primer intento fue un desastre. Una iba rápido, la otra lento; una soplaba fuerte, la otra apenas se oía. Las notas chocaban como coches de feria. Se miraron y se echaron a reír.

—Parece que nuestras flautas se pelean —dijo Laila.

—Solo tienen que aprender a escucharse —contestó Nayra, seria como su abuela.

Intentaron otra vez. Nada. Otra. Peor. El balón les pasó rozando y casi tiró la flauta de Laila. Samuel, el capitán del fútbol, resopló:

—¡Apartaos! Este es el campo.

—También es patio —respondió Nayra.

—Aquí jugamos desde siempre.

Laila sintió un nudo en la tripa. Sabía que si se quedaban allí, acabarían en bronca. Pero Nayra no bajó la mirada. Se limitó a poner la flauta en los labios y soplar una nota larga y grave, como si fuera una bocina de barco. Samuel abrió los ojos, sorprendido. Después, sin decir nada, siguió corriendo tras el balón.

Cada día volvían al árbol. Primero tocaba una y la otra escuchaba. Luego cambiaban. Pero juntas seguía saliendo raro. Entonces Nayra tuvo una idea:

—Cierra los ojos. Respira conmigo. A la de tres. Uno, dos, tres...

Las dos soplaron. Y, por primera vez, las notas no chocaron: se agarraron de la mano.

Laila rio con los ojos cerrados.

—Parece magia.

—No es magia. Es aire compartido.

El rumor llegó rápido. Otros niños se acercaban a mirar. Algunos daban palmas, otros imitaban con hojas y palitos. Incluso Samuel se quedó parado un día entero observando. Cuando las dos flautas terminaron con un sonido agudo, él bufó:

—No suena tan mal.

—Prueba tú —dijo Nayra, y le alargó la flauta.

Samuel la agarró como si fuera un murciélago de béisbol y sopló con todas sus fuerzas. El ruido fue un chillido espantoso, como un pato aplastado. Todos se partieron de risa. Samuel se puso rojo, pero en lugar de irse, probó otra vez. Y otra. La tercera vez consiguió una nota limpia, cortita, pero suficiente para sonreír.

La siguiente semana, un problema mayor apareció. El conserje se cruzó los brazos delante de ellas:

—No podéis hacer tanto ruido. Los de primero no se oyen en clase.

Laila tragó saliva. ¿Y ahora qué? Si se lo prohibían, se acababa todo. Nayra se mordió el labio y pensó en silencio, igual que cuando buscaba la nota correcta. Luego levantó la flauta.

—Podemos tocar en turnos con el fútbol. Cuando el balón descansa, soplamos nosotras.

Samuel escuchó, dudando. Al final aceptó:

—Vale. Un partido, una canción.

El conserje se encogió de hombros y se fue. El trato estaba hecho.

El viernes, en la asamblea de clase, Laila levantó la mano.

—Queremos hacer un concierto en la fiesta de fin de trimestre.

La maestra arqueó las cejas.

—¿Concierto? ¿Quién lo organiza?

—Nosotras —respondió Nayra—. Y quien quiera puede unirse.

La maestra no añadió nada más. Sonrió y lo apuntó en la pizarra. Era oficial: tocarían.

Los ensayos fueron un caos alegre. Cada cual traía algo: un tambor hecho con cubo, una botella con arroz, un xilófono viejo. El patio se convirtió en un mercado de ruidos.

El día de la fiesta, el escenario era apenas una alfombra y un micrófono. Las piernas de Laila temblaban. Nayra apretó su mano.

—Respira conmigo. Uno, dos, tres.

Empezaron el Kandia. Las primeras notas salieron torcidas; alguien se rió. Laila sintió que la cara le ardía. Estuvo a punto de dejarlo. Pero Nayra la miró fijo y marcó con el pie el ritmo del fútbol: tac, tac, tac. Samuel, desde el público, levantó las manos y empezó a palmear. Otros niños siguieron. Y, poco a poco, las dos flautas encontraron el mismo aire.

La canción creció, redonda, como una pelota invisible. Sonaron palmas, maracas improvisadas, voces que hacían de coro. Cuando terminaron, el aplauso fue grande, sí, pero lo mejor fue que Laila y Nayra se miraron y supieron que lo habían logrado: la canción no era solo suya.

Desde entonces, el patio ya no tuvo un único dueño. El balón y las flautas aprendieron a turnarse. Un gol, una canción. Un respiro, un silbido. Y siempre, siempre, el aire compartido.

La plaza de los colores

Manuel Joaquín Moguer Foncubierta

Había una vez, en el corazón de un barrio alegre, una plaza redonda, redondita, como una galleta de miel. No tenía puertas ni rejas, ni candados ni vigilantes. Tenía árboles que contaban cuentos, bancos que sabían escuchar, y un suelo de tierra que guardaba secretos de risas antiguas.

Cada tarde, cuando el sol se ponía naranja como una mandarina, la plaza se llenaba de niños y niñas de todos los rincones del mundo. Venían con sus mochilas, sus juegos, sus canciones, sus acentos y sus ganas de compartir.

La plaza no preguntaba de dónde venías. Solo quería saber a qué querías jugar.

Los niños y sus tesoros

Amina venía de Marruecos. Tenía una cometa de colores que bailaba con el viento. La llamaba "Libertad" porque volaba sin pedir permiso.

Tomás venía de Argentina. Traía una pelota que botaba como un tambor. Decía que cada bote era como un latido del corazón.

Mei venía de China. Tenía un abanico que contaba cuentos al abrirse. Cada vez que lo desplegaba, nacía una historia con dragones, lunas y peces dorados.

Malik venía de Senegal. Traía un tambor que hablaba con el alma. Cuando lo tocaba, la tierra parecía moverse al ritmo de sus manos.

Lucía vivía en San Fernando. Tenía una caja de tizas de todos los colores. Con ellas dibujaba caminos, estrellas, casas con alas y abrazos imborrables.

Cada uno traía algo especial. Pero lo más bonito era que todos lo compartían.

—¿Quieres probar mi cometa? —preguntaba Amina.

—¡Claro! Pero solo si me enseñas a hacerla volar —respondía Mei.

—¿Jugamos a la ronda con mi pelota? —decía Tomás.

—¡Sí! Y después te enseño a tocar mi tambor —contestaba Malik con una sonrisa.

—¡Vamos a dibujar un mundo sin fronteras! —gritaba Lucía, mientras trazaba un arcoíris en el suelo.

Un día gris

Pero un día, la plaza se puso triste.

Llegó un señor con cara de nube y voz de piedra. Llevaba un silbato y un cartel que decía: “Cada uno en su rincón. No se puede jugar todos juntos.”

Los niños se miraron sin entender.

—¿Por qué no? —preguntó Mei.

—Porque sois diferentes —respondió el señor.

—¿Y eso qué importa? —dijo Malik.

—Cada uno con los suyos. Nada de mezclar juegos ni canciones —insistió el señor.

La plaza se quedó en silencio. Las cometas bajaron. Las pelotas dejaron de botar. Los abanicos se cerraron. Los tambores enmudecieron.. Las tizas se escondieron.

Pero el viento no se detuvo.

La rebelión del juego

Amina soltó su cometa y gritó:

—¡El viento no tiene fronteras!

Tomás pateó su pelota y dijo:

—¡El juego no tiene dueño!

Mei abrió su abanico y murmuró:

—¡Las historias vuelan libres!

Malik tocó su tambor y cantó:

—¡El ritmo une corazones!

Lucía dibujó un arcoíris en el suelo y dijo:

—¡Aquí cabemos todos!

Entonces, la plaza se rio. Sí, sí, se rio. Los árboles aplaudieron con sus hojas. Los bancos se sacudieron de alegría. El suelo tembló como si bailara.

Y los niños comenzaron a jugar como nunca.

El juego se volvió teatro

Amina enseñó a volar cometas con palabras mágicas:

—¡Sube, gira, canta, vuela!

Tomás organizó un partido donde cada gol se volvía una canción.

Mei narró cuentos en voz alta, y todos hacían los gestos: dragones con los brazos, lunas con los ojos, peces con las manos.

Malik convirtió su tambor en corazón de la plaza. Cada golpe marcaba el ritmo de los pasos, los saltos, los abrazos.

Lucía dibujó un mapa de juegos

— Aquí se salta, aquí se canta, aquí se sueña, aquí se comparte.

Y el señor del cartel... se quedó sin palabras. Se sentó en un banco, se quitó el silbato, y empezó a dibujar con una tiza amarilla.

La plaza se hizo mundo

Desde aquel día, la plaza se convirtió en un mundo chiquito.

Un mundo donde: compartir era el idioma, jugar era la ley y la libertad tenía forma de cometa. La Plaza de las Culturas era un lugar con niñas y niños con acentos y orígenes distintos. La paz era un tambor que sonaba suave.

Los niños inventaron nuevos juegos: El puente de los abrazos: donde dos niños de países distintos se daban la mano y cruzaban un arcoíris. La ronda de los acentos: donde cada uno decía “te quiero” en su lengua. El escondite de los cuentos: donde Mei escondía historias y los demás las buscaban con pistas.

Y cada tarde, cuando el sol se ponía mandarina, la plaza se llenaba de colores, risas, canciones y pasos.

Canción de la plaza

Los niños cantaban una canción que decía:

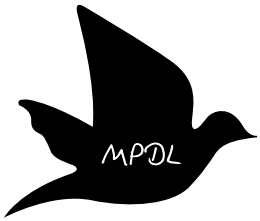
En la plaza de los colores
no hay rejas ni candados,
hay cometas y tambores,
hay abrazos regalados.
Si tú vienes con tu juego,
con tu acento y tu canción,
aquí cabes, aquí juegas,
¡aquí late el corazón!

Epílogo con alas

Y aunque pasen los años, aunque cambien los juegos, aunque los niños crezcan, la plaza sigue ahí. Espera nuevas cometas, nuevas pelotas, nuevos cuentos, nuevos tambores, nuevas tizas.

Porque la Plaza de los Colores no es solo un lugar. Es una idea. Una canción. Una promesa.

La promesa de que jugar juntos es posible. De que compartir nos hace grandes. De que la libertad se aprende jugando. De que la interculturalidad es una fiesta de voces.



El jardín de todos los colores

Joselín Castañeda Triana

El jardín del parque Las Acacias parecía un lugar triste y olvidado. Las malas hierbas crecían entre botellas de plástico, papeles arrugados y latas oxidadas. Nadie lo cuidaba. Nadie, excepto Yara.

Yara tenía nueve años, trenzas con cuentas de colores que sonaban como campanitas cuando caminaba, y un sueño tan grande que no cabía en su pecho pequeño. Quería convertir ese jardín abandonado en el huerto más bonito del mundo, para que todos pudieran plantar semillas de sus países, de sus historias y de sus corazones.

Pero cada vez que Yara llegaba con su pala y sus semillas, los adultos del barrio la miraban de reojo.

—Esa niña siempre anda sola por ahí. ¿Dónde estarán sus padres? —murmuraba la señora del tercer piso.

—Desde que llegaron esas familias, el barrio ya no es lo que era —decía el señor de la panadería.

—Un huerto... esas cosas siempre terminan siendo un desastre —añadía otro, moviendo la cabeza.

Yara escuchaba esas palabras como quien escucha espinas invisibles clavándose despacito en la piel. Dolían, pero ella seguía cavando, seguía soñando, seguía plantando.

Una tarde, mientras limpiaba la tierra bajo un sol que quemaba, Emma pasaba por allí camino a casa. Emma tenía ocho años, pelo rubio y una familia que vivía en el barrio "de toda la vida", como decía su padre. Esa misma mañana, durante el desayuno, lo había escuchado hablar sobre Yara:

—Esa niña siempre está en la calle. Seguro que sus padres ni la cuidan.

Y su madre había añadido, bajando la voz como si contara un secreto terrible:

—He oído que vienen de muy lejos... ¿Serán legales?

Emma había sentido algo raro en el estómago, como cuando comes algo que no te cae bien. Pero no supo qué decir. Los adultos siempre saben más, ¿verdad?

En la escuela había sido peor. Yara había presentado su proyecto del huerto ante toda la clase, con los ojos brillantes de emoción, explicando cómo cada familia podría plantar algo especial. Algunos niños se habían reído:

—¿Vas a plantar plátanos? —gritó uno entre carcajadas.

La maestra dijo "respetemos las ideas de todos", pero no dijo nada más. Y el silencio que siguió fue peor que las risas.

Ahora, mientras Emma veía a Yara trabajar sola, con las manos llenas de tierra y el sol castigándole la espalda, ese sentimiento raro en el estómago volvió. Pero esta vez se convirtió en una pregunta que le martilleaba la cabeza:

"¿Y si mi papá está equivocado? ¿Y si los adultos no siempre tienen razón?"

Emma miró hacia su casa. Luego miró a Yara. Y entonces, como si sus pies decidieran por ella, empezó a caminar hacia el jardín. Cada paso era una decisión. Cada paso era una elección.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Emma, con la voz temblando un poquito.

Yara levantó la cabeza, sorprendida. Por un momento se quedó callada, estudiando a Emma con esos ojos grandes y cuidadosos. Luego sonrió, y fue como si el sol se hiciera más brillante:

—Claro. Hay tierra para dos.

Trabajaron juntas toda la tarde. Emma descubrió que Yara era divertida, que sabía los nombres de mil plantas diferentes, que su risa sonaba a música. Yara le contó historias de su país, de por qué su familia había tenido que viajar tan lejos, de las noches en que su mamá lloraba, pero fingía que no, de lo difícil que era empezar de nuevo.

—¿Por qué la gente dice cosas feas de ti? —preguntó Emma mientras plantaba una semilla de tomate.

Yara se quedó quieta un momento, mirando la tierra entre sus dedos.

—Porque tienen miedo de lo que no conocen —respondió con una voz que era triste pero también fuerte—. Y porque a veces es más fácil rechazar que aprender.

Al día siguiente, Emma volvió con herramientas de su casa. Y no volvió sola. Había hablado con Miguel, cuya abuela venía de otro país, y que trajo semillas de cilantro. Llamó a Chen, que apareció con una pequeña planta de bambú. Sara, que usaba silla de ruedas, llegó con un cuaderno lleno de diseños para hacer senderos accesibles. Amir trajo especias aromáticas que olían a historias antiguas.

El jardín empezó a transformarse. Ya no era un lugar feo y olvidado. Ahora había plantas de cinco continentes creciendo juntas: tomates junto al quimbombó, hierbas aromáticas de Asia junto a flores de Europa, chiles mexicanos junto a girasoles rusos. Los niños pintaron piedras de colores para marcar los caminos y crearon letreros con los nombres de las plantas escritos en diferentes idiomas. Construyeron un "muro de historias" donde cada familia del barrio podía escribir de dónde venían sus abuelos, sus bisabuelos, sus raíces.

Algunos adultos empezaron a mirar con interés. Una vecina mayor ofreció consejos de jardinería. Otro trajo abono. Pero el padre de Emma seguía desaprobando.

Una noche, cuando Emma llegó tarde a casa con las rodillas sucias y las uñas negras de tierra, su padre la esperaba en la puerta.

—Te prohíbo ir a ese lugar —dijo con voz dura—. Esa niña no es como nosotros.

Emma sintió que el corazón le latía muy fuerte. Tenía miedo, pero había algo más fuerte que el miedo.

—¿Por qué, papá? —preguntó, y su voz salió más firme de lo que esperaba—. ¿Porque su piel es más oscura que la mía?

El silencio que siguió fue tan grande que Emma pudo escuchar su propia respiración.

—Yara es mi amiga —continuó, y ahora las palabras salían como un río desbordado—. Es buena, es inteligente, y su familia trabaja muy duro. La abuela me contó que nuestros abuelos también vinieron de lejos hace tiempo. ¿Alguien les dijo que "no eran como los demás"?

Su padre abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Su madre, desde la cocina, se acercó despacio.

—Cariño —dijo suavemente, tocando el brazo de su esposo—. Tal vez Emma tiene razón. Tal vez nosotros...

Emma se limpió las lágrimas que no sabía que estaban rodando por sus mejillas.

—Voy a volver al jardín —dijo—. Porque es lo correcto.

Y cruzó la puerta con las piernas temblando, pero la cabeza en alto.

Llegó el día de la inauguración. El jardín estaba florecido, hermoso, vibrante, lleno de colores que Emma nunca había visto juntos. Parecía un arcoíris que hubiera decidido vivir en la tierra. El barrio entero vino a ver: familias completas, niños corriendo, abuelas caminando despacio, todos asombrados.

Una vecina mayor, que nunca hablaba con nadie, se detuvo frente a una planta de lavanda y empezó a llorar.

—Esta crecía en el jardín de mi madre —susurró—, antes de que tuviéramos que irnos. Hace sesenta años que no la veía.

Emma estaba explicando el proyecto a un grupo de vecinos cuando vio a su padre acercarse. Caminaba despacio, mirando cada planta, cada letrero, cada piedra pintada. Finalmente, se detuvo frente a Yara.

El jardín entero pareció quedarse en silencio.

—Perdón —dijo el padre de Emma, y su voz sonaba diferente, casi frágil—. Estaba equivocado.

Yara lo miró durante un momento largo. Luego sonrió, y en esa sonrisa había algo más grande que el enojo, más fuerte que el rencor.

—El jardín siempre tiene espacio para más manos — dijo, y le ofreció una pala.

Esa tarde, mientras el sol se ponía pintando el cielo de muchos tonos de naranja, Emma y Yara se sentaron juntas en un banco que habían construido los niños del barrio. Sus manos, una clara y otra oscura, estaban igualmente sucias de la misma tierra.

—¿Sabías que las flores más bonitas crecen cuando diferentes semillas se juntan?

Yara se rio, ese sonido que Emma ya conocía tan bien.

—Y las raíces más fuertes —añadió— son las que se entrelazan bajo tierra, aunque no podamos verlas.

Y así, en el barrio de Las Acacias, creció el jardín más hermoso que jamás se hubiera visto. No porque sus flores fueran perfectas, sino porque cada una tenía una historia diferente que contar. Y todas juntas contaban la única

historia que importa: la historia de cómo elegimos, cada día, cuidarnos entre todos.

Porque un jardín, como un barrio, como un mundo, solo es verdaderamente hermoso cuando tiene todos los colores.

experimentar
igualdad
respeto
solidaridad
aprender

¿Dónde está mi sombra?

Francisco García Jiménez

El día que Simbala llegó a su nueva casa, notó algo raro.
Muy raro.
Miró al suelo y... nada.
No tenía sombra.
—¡Uy! —dijo—. ¡Se me ha perdido!
Buscó debajo de la cama.
Buscó dentro de la mochila.
Buscó en los bolsillos.
Nada.
—Seguro que se me cayó en el viaje —murmuró.
Al día siguiente fue al colegio.
En el recreo, un niño gritó:
—¡Ese chico no tiene sombra!
Todos miraron a Simbala.
Unos se rieron.
Otros se apartaron.
Una niña preguntó:

—¿Eres un fantasma?

Simbala sintió frío en la espalda.

Esa noche, le preguntó a su madre:

—Mamá, ¿por qué se ha ido mi sombra?

Ella suspiró y le acarició la frente.

—A veces, cuando dejamos nuestra tierra, algo se queda atrás. Quizás tu sombra sigue en Kayar, jugando junto al mar.

Simbala cerró los ojos y la imaginó: su sombra corriendo por la arena, saltando entre las olas, trepando por las barcas. Feliz. Sin ganas de marcharse.

Los días siguientes fueron difíciles.

En el recreo, al saltar a la comba, todos tenían pareja.

Niño y sombra.

Salto y salto.

¡Plaf-plaf! ¡Plaf-plaf!

Pero Simbala saltaba solo.

En el parque también pasaba.

Los demás se tiraban por el tobogán.

Niño y sombra bajaban juntos.

Uno delante, otra detrás.

¡Fiuuuuu!

Pero cuando Simbala se lanzaba, bajaba solo.

Ni sombra, ni rastro.

Un día, Simbala escuchó a Ming cantar en chino.

No entendió la canción, pero su voz le acarició el corazón.

Y entonces... ¡zas!

Un pedacito de sombra apareció junto a sus pies.

Pequeño. Temblón. Como un cachorro escondido.

Al día siguiente, Nadia le enseñó a decir *salam*.

Simbala lo dijo bajito, con miedo.

Y la sombra creció un poco más.

Después, las gemelas Ami y Awa gritaron: *come on!*

Lola dijo: *vamos*.

Mayra se rio y dijo:

—Ahora te toca a ti.

Con cada palabra nueva que aprendía, aparecía un trocito de sombra en el suelo.

Simbala tuvo una idea.

—Si mi sombra no quiere venir, la completaré con dibujos.

Llevó un cuaderno y lápices al parque.

Ming dibujó un dragón.

Nadia dibujó una palmera.

Ami y Awa dibujaron trenzas rosas.

Lola dibujó un pajarito.

Mayra dibujó unas chanclas.

Simbala recortó los dibujos de sus amigos y los pegó con celo a su nueva y pequeña sombra.

Y cuando el sol se inclinó... ¡plof!

Los dibujos se levantaron y lo siguieron convertidos en sombra de papel.

Una sombra con cuerpo de dragón, brazos de palmera, pelo rosa trenzado, alas de pajarito y chanclas de cordel.

Era una sombra diferente.

Rara.

Rarísima.

Pero suya.

O, mejor dicho: de todos.

La sombra de papel era traviesa.

A veces corría más rápido que él.

A veces se quedaba mirando escaparates.

A veces estiraba sus brazos de palmera para hacer trampas jugando al pillapilla.

—¡Eh, sombra! ¡Eso no vale! —se reía Simbala.

La sombra le sacaba la lengua.

Con el tiempo, Simbala aprendió canciones nuevas.

Aprendió palabras nuevas.

Aprendió chistes nuevos.

Y su sombra creció.

Cada vez más firme.

Cada vez más suya.

Algunas veces le recordaba a su sombra antigua: la del mar y las barcas. La de Kayar.

Otras veces no se parecía en nada porque estaba llena de cosas nuevas.

Y Simbala pensó:

—No importa. Ahora es mejor.

Una noche, la sombra se despegó un poquito de sus pies.

—¿A dónde vas? —preguntó Simbala.

La sombra bailó en la pared.

Bailaba olas.

Bailaba gaviotas.

Bailaba coches y semáforos.

Bailaba frutas en la tienda.

—Ah... —susurró Simbala—. Quieres contarme historias.

Y la observó en silencio, como si viera una película en el cine.

Un día llegó un niño nuevo al colegio.

Se llamaba Luka.

Tenía los ojos asustados.

Simbala lo vio enseguida: Luka tampoco tenía sombra.

Los demás niños empezaron a murmurar.

—Otro raro.

—Seguro que es un fantasma.

Simbala se acercó.

—Ven —le dijo—. Préstame una palabra en tu idioma. Entre todos podemos dibujar tu sombra.

Luka abrió la boca.

Dijo una palabra extraña, llena de chispas.

Nadie la entendió.

Pero todos la repitieron.

Esta vez, Ming dibujó una nube.

Nadia, un sol.

Ami y Awa, un vestido.

Lola, un pez.

Mayra, una caracola.

Simbala dibujó el mar.

Y entonces apareció el primer trozo de sombra de Luka, al que pegaron todos los dibujos que habían hecho.

Los ojos de Luka dejaron de estar asustados.

El tiempo pasó.

Poco a poco, el patio se llenó de sombras nuevas.

Sombras que olían a especias.

Sombras que sabían a chicle.

Sombras que hacían cosquillas debajo de las mochilas.

Incluso las sombras de Ming, Nadia, Ami, Awa, Lola y Mayra cambiaron con los recortes de dibujos que les iban pegando con celo.

Los profesores se asustaron un poco.

—¡No es normal! —decían—. Las sombras deben ser oscuras. Quietas. Obedientes.

Pero las sombras nuevas eran divertidas.

Dibujaban en la pizarra.

Escondían tizas.

Hacían burbujas en los charcos.

Los niños reían.

Y al final, los profes también.

Un día, al acabar las clases, Simbala se quedó solo en el patio.

El sol estaba bajo, tan bajo que todas las sombras se hicieron larguísimas, como si quisieran escapar del suelo.

De pronto, su sombra se soltó del todo.

Se estiró, se estiró... y de un salto, ¡zas!

Su sombra trepó por la valla del colegio.

—¡Eh! —protestó Simbala—. ¿A dónde vas?

La sombra no respondió.

Bailaba en lo alto del muro, como una cometa sin hilo.

De pronto, aparecieron sus compañeros y sus sombras también hicieron lo mismo: la de Luka, la de Ming, la de Nadia, la de Ami y Awa, la de Lola, la de Mayra.

Todas subieron detrás de la suya.

Parecía que quisieran escaparse juntas, correr hacia algún lugar secreto.

Simbala las miró con un nudo en la garganta.

¿Se iría otra vez su sombra?

¿Lo dejaría solo de nuevo?

Pero entonces la sombra giró la cabeza y le hizo una seña con su brazo de palmera.

No decía *adiós*.

Decía: *hasta luego*.

Simbala y sus compañeros se rieron al ver a sus sombras irse como una bandada de pájaros.

Después de ese día, nadie supo contar bien lo que había pasado.

Algunas personas decían que habían visto un grupo de sombras volando por encima de los tejados.

Otras decían que habían escuchado risas de niños con palabras en mil idiomas.

Incluso muchas aseguraban que habían oído el sonido del mar, aunque el mar estaba lejos. Muy lejos.

A partir de entonces, cuando llegaban al colegio niñas y niños nuevos, los demás les contaban la misma historia:

—Aquí las sombras no son normales —decían.

—Aquí las sombras se dibujan, se recortan, se pegan, se mezclan, se inventan, se escapan y vuelven.

—Y si tienes paciencia, quizá la tuya también aprenda a volar.

La palabra prestada

América Isabel Sánchez Rodríguez

Alma llegó un día de otoño a una ciudad junto al mar. Las casas eran rojas, amarillas, verdes; tan coloridas que parecían hechas de caramelos.

Los barcos pequeñitos se mecían sobre las olas como si bailaran, el viento olía a sal, a pan recién horneado... ¡y a gaviotas gritonas!

—¡Craac! ¡Craac! —chillaban desde arriba.

Llevaba su mochila vieja, un cuaderno arrugado y un lápiz azul que le había regalado su abuelita Juri. Ella le había enseñado canciones y palabras de su idioma ancestral, que contaban historias de montañas, ríos y animales mágicos.

Cuando entró al aula, Alma se sintió pequeñita. Los niños hablaban rápido, rápido, rápido, y sus palabras eran como agua que no podía atrapar. Intentó decir su nombre, pero las letras se enredaron en su boca como espaguetis. ¡Y no le salían!

—Ups...Mejor me siento —pensó bajito, mientras se acomodaba en su silla.

El aula estaba llena de libros mágicos. Cuando los demás niños los tocaban, las palabras bailaban: peces que nadaban, soles que reían, nubes que cantaban. Pero los libros de Alma permanecieron cerrados, quietos y parecían enfadados.

—Hmm— dijo—. ¿Acaso no me quieren?

Al escucharla, todos sus compañeros se dieron cuenta de que hablaba diferente a los demás. Algunos niños murmuraban entre ellos:

—¿Por qué habla tan raro?

—¡No entiendo ni una palabra!

Alma se sintió triste, pero acarició su lápiz azul y recordó la voz de su abuelita Juri, cantando junto al fuego:

"Las palabras son como pajaritos, Alma. Si las encierras, se apagan. Pero si las compartes, vuelan."

Entonces entendió que no debía esconder su idioma, sino dejarlo volar.

Así que decidió abrir su cuaderno y dibujar. Primero unas olas azules y verdes, luego soles sonrientes, peces que parecían cantar y casas que flotaban. Después escribió palabras en quechua. Pensó que así la lograrían entender.

—*Sumay*— dijo—, significa "bello" o "bueno".

—*Inti*— señaló un sol dibujado—, significa "sol".

—*Mayu*— trazó un río—, significa "río grande".

Un compañero se acercó y sonrió:

—¡Oye, eso suena como algo que mi abuelo dice!

Alma se sorprendió y le devolvió una gran sonrisa.

Los niños, entusiasmados, se acercaron a Alma y empezaron a inventar frases mezclando castellano y quechua:

— El *inti* salta en el río.

— Mi gato corre por el *mayu*.

— El sol canta con fuerza.

—El pan baila con el *inti*.

—¡Qué divertido! — gritaron todos.

—¡Los libros tienen que aprender también!

—Exacto— dijo Alma. —Los libros no hablan solamente un idioma.

—Así es— sonrió la maestra —. Algunos solo saben palabras de un lugar, pero pueden aprender otras si les enseñamos con paciencia.

Entonces la maestra propuso algo mágico:

—Vamos a crear nuestro propio libro, donde todos puedan participar y aprender de todos los idiomas.

Cada niño dibujó y escribió, mientras Alma les enseñaba palabras nuevas:

—*Chaska* significa "estrella".

—*Kawsay* significa "vida".

El aula se llenó de colores, risas y palabras mágicas.

Los libros, felices, escribían símbolos nuevos, reflejando todas las voces y colores de los niños.

Los libros del aula ya no parecían de papel. Algunos olían a selva, otros a desierto, otros a pan caliente. Cada página tenía el color de un idioma distinto, como si el aula entera hubiera aprendido a respirar con muchas voces al mismo tiempo.

Alma comprendió que los idiomas y las historias diferentes no son un problema, son un tesoro.

—Los libros no son malos — dijo—. Solo necesitan aprender nuevas historias, como nosotros.

—Sí— asintió la maestra —. Escuchar y compartir es lo que hace que todos los libros y palabras sean mágicos.

Al final del día, Alma se sentó frente a la ventana y observó las olas. El mar brillaba como un espejo gigante de plata.

—Escuchen— susurró—. El mar también aprende nuestras palabras.

Justo entonces, la puerta se abrió y entró un niño nuevo, callado y tímido. Su libro estaba cerrado, y caminaba asustado.

El nuevo niño, aún con su libro cerrado, miró a su alrededor. Todos hablaban, reían, dibujaban...y él parecía una sombra entre los colores.

Alma se levantó, le tomó la mano y le ofreció su lápiz azul.

—No importa si tu libro aún no habla —le dijo sonriendo—. A veces solo necesita una palabra prestada para animarse.

El niño la miró sorprendido.

—¿Una palabra prestada?

—Sí— rio Alma—. Una palabra que venga de tu corazón o del mío. Podemos inventarla juntos.

Entonces, los demás niños comenzaron a acercarse con curiosidad.

—¡Podemos ayudar! —gritó uno.

—¡Sí, hagamos una palabra gigante! —añadió otra.

La maestra sonrió y abrió el gran libro del aula, ese que usaban para guardar todas las historias nuevas. Las páginas brillaban como si tuvieran polvo de estrellas.

—Hoy— dijo, —este libro va a aprender algo más: que las palabras pueden tener muchos colores, y que todos, absolutamente todos, tenemos derecho a escribir en él—.

Cada niño se acercó y dijo una palabra de su familia, de su abuela, de su casa o de su tierra.

Uno dijo: *Habibi*, que significaba "querido".

Otra niña dijo: *Salamat*, que quería decir "gracias".

Y Alma agregó: *Kawsay*, que en su idioma quería decir "vida".

El niño nuevo, aún callado, pensó un momento y dijo muy bajito:

—En mi casa decimos *Ubuntu*.

—¿Y qué significa? —preguntó la maestra.

—Significa "Yo soy porque nosotros somos".

El aula quedó en silencio.

Luego todos repitieron:

—*¡Ubuntu!*

—*¡Ubuntu!*

Los libros se sacudieron, felices, y comenzaron a escribir solos en el aire, con letras de muchos colores. Parecían mariposas danzando.

—¡Miren! —gritó Alma riendo—. ¡Nuestros libros están hablando entre ellos!

Y, efectivamente, los libros se saludaban con frases mezcladas:

—*Sumay*, *Ubuntu*, hola-hola —decía uno.

—*Kawsay* feliz, amigos todos —contestaba otro.

Las risas llenaron el aula. Incluso el niño nuevo soltó una carcajada.

Su libro, que antes estaba cerrado y gris, comenzó a abrirse poquito a poquito, hasta que sus páginas se llenaron de dibujos y palabras nuevas.

Alma lo miró y dijo:

—¿Ves? Los libros no son malos ni mudos. Solo necesitan escuchar todas las voces del mundo.

La maestra escribió en el pizarrón:

"En esta escuela, los libros aprenden todos los idiomas del corazón."

Desde ese día, el gran libro del aula nunca volvió a cerrarse. Cada vez que un niño nuevo llegaba, le daban una página en blanco y un lápiz de color.

Y juntos inventaban palabras valientes, mezcladas, alegres.

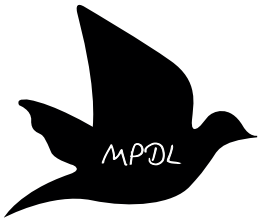
Algunos días las palabras hacían cosquillas, otros días se tropezaban, y a veces hasta se confundían un poco... pero siempre terminaban riendo juntas.

Alma, mirando las olas desde la ventana, pensó que tal vez el mar también escribía sus propias palabras en su idioma salado.

Así, el libro siguió creciendo y creciendo, con palabras de todas partes del mundo.

Nadie volvió a decir que un idioma era raro, ni que una palabra no servía.

Porque entendieron que cada palabra es una semilla:
algunas nacen en la montaña,
otras en el mar,
y otras viajan escondidas en una mochila vieja...
pero todas florecen cuando alguien las escucha con el corazón.



La escuela de las olas

Joselín Castañeda Triana

La maestra Marina tenía las manos salpicadas de tiza y un pañuelo con conchas cosidas que tintineaban cuando se movía. En su aula había un mapa del mundo muy gastado y una caja de cartón llena de preguntas. Cada mañana, los niños y niñas escribían en papelitos cosas que les daban curiosidad: ¿de dónde vienen las canciones?, ¿por qué algunas palabras suenan tan distintas?, ¿cómo puede un lugar estar lejos y cerca al mismo tiempo? Luego dejaban los papelitos en la caja, que a veces parecía hincharse de tantas preguntas juntas, como si quisiera estallar en un mar de signos de interrogación.

Un día llegó Karim. Traía una mochila pequeña, zapatos nuevos que parecían demasiado duros y una sonrisa tímida que se escondía detrás de un acento distinto. Sus palabras sonaban como una canción suave, con giros que nadie había escuchado antes. Algunos lo miraron

con curiosidad, otros susurraron en voz baja, y Mateo preguntó en alto:

—¿De dónde es?

Karim bajó la mirada y contestó despacio:

—De la otra orilla.

La caja de preguntas se estremeció, como si también quisiera saber qué significaba aquello.

La maestra Marina, que escuchaba incluso los silencios, anunció:

—Mañana iremos a la playa. Allí las olas nos enseñarán algo que los libros no pueden.

Los ojos de todos se encendieron como faroles de sal.

A la mañana siguiente, el grupo marchó hacia la arena, dejando huellas que el mar corría a borrar. El sol apenas despertaba y el aire olía a algas frescas y a pan recién hecho en las casas cercanas. La maestra repartió a cada uno una caracola pintada de colores.

—Son conchas para escuchar —explicó—. Si la acercas a la oreja, oirás lo que el mar trae de otras tierras. Escuchar es abrir una puerta.

Los niños rieron incrédulos, pero enseguida probaron. Y, en efecto, cada caracola guardaba un rumor distinto: un canto lejano, el chasquido de una hoguera, el crujido de una barca de madera, incluso un silbido que parecía venir de muy lejos.

Las olas llegaban como cartas sin sobre. Una trajo arena brillante, otra dejó un pedacito de tela de un color que nadie conocía, y otra más arrastró hasta la orilla una pequeña flauta de madera. La maestra propuso un juego:

—Cada cual debe escuchar con atención su caracola y compartir lo que haya oído, sin traducir ni juzgar. La mar habla muchos idiomas. Tal vez no los entendamos todos, pero hagamos el ejercicio con mucho respeto.

Karim acercó su caracola al oído y escuchó un arrullo, un verso de cuna en su lengua. Se sonrojó, y luego, con la voz baja, empezó a cantar. Era una melodía suave, hecha de notas que parecían balancearse en un columpio invisible. Al principio nadie entendió las palabras, pero algo en la melodía se quedaba flotando, como una cometa que no quiere caer.

Mateo aplaudió. Pero Pablo, que a veces se reía de lo que no conocía, frunció el ceño.

—Es raro —murmuró, apartando la vista.

Su comentario cayó como una piedra al agua, y Karim guardó silencio. La orilla se volvió un poco más fría. Las risas se apagaron. Incluso el viento dejó de soplar un instante, como si el mar mismo esperara la respuesta.

La maestra Marina tomó la flauta y la sostuvo como si fuera una lámpara.

—Cada ola viene de un lugar distinto. Algunas viajan siglos, otras solo un día. Traen canciones, comidas, juegos, y distintas maneras de reír. Si cerramos la puerta a una ola, perdemos media playa.

Y, como para probarlo, hizo sonar la flauta. El aire repitió, como un eco, la canción de Karim.

Entonces propuso que cada niño escogiera un objeto dejado por el mar y lo convirtiera en un regalo para los demás. Lila, la de las manos llenas de tizas de colores,

eligió el trozo de tela y lo dibujó en la arena como una bandera nueva. Mateo recogió la arena brillante y la lanzó al aire como si fueran estrellas fugaces. Karim tomó de nuevo la flauta, y esta vez tocó un poco más fuerte. La playa se llenó de sonidos.

Pero Pablo tiró con desdén la cuerda que le había tocado.

—No la quiero —dijo.

Sus duras palabras se clavaron en el aire. Karim volvió a bajar la mirada, encogiéndose como una ola que se esconde. Por un momento, la orilla entera se quedó en silencio, como un corazón que deja de latir.

La maestra Marina no regañó ni levantó la voz. Se sentó en la arena y preguntó:

—¿De dónde viene el miedo a lo distinto?

Nadie supo responder. Así que contó una historia: la de una ola que no quería mezclarse con otra por miedo a perderse, hasta que descubrió que, al unirse, podía bailar mejor. Después pidió a todos que dieran un paso hacia el compañero de al lado.

Uno a uno, los niños avanzaron, hasta formar un puente de pasos. Pablo dudó, pero al final dio su paso, mirando al suelo.

Fue Lila quien ofreció la flauta a Karim.

—Enséñanos esa canción otra vez —susurró.

Karim la tocó, y esta vez todos guardaron silencio para escuchar de verdad. Pablo, que aún tenía la cuerda en el suelo, sintió que algo se aflojaba dentro de él. No entendía la letra, pero captaba la alegría

escondida en cada nota. Se rascó la cabeza y, con voz pequeña, dijo:

—Perdón.

Karim levantó la cuerda y se la devolvió.

—Sirve para hacer cometas.

Pablo la aceptó, sorprendido, y preguntó casi sin querer:

—¿Y si la hacemos juntos?

De pronto, la playa entera se convirtió en taller improviado. Unos recogían palitos, otros buscaban papeles de colores, y todos trabajaban para fabricar una cometa enorme. Algunos pintaron en ella sus preguntas favoritas de la caja; otros dibujaron olas, peces y soles. Cuando estuvo lista, la levantaron entre risas, y el viento la sostuvo alto, altísimo, como si quisiera llevarla a todas las orillas del mundo.

La cometa subió tanto que casi se confundió con las gaviotas. Todos la miraron en silencio, con el cuello estirado y los ojos entrecerrados por el sol. Pablo sostenía un extremo de la cuerda. Karim, el otro. Entre ellos, el hilo temblaba con cada ráfaga, como si respirara.

—¿Crees que llegará hasta tu casa? —preguntó Pablo sin pensarlo.

Karim sonrió.

—Mi casa ahora está aquí también.

Pablo no dijo nada más, pero aflojó un poco la cuerda para que Karim sintiera mejor el tirón del viento.

De regreso al aula, nadie quiso guardar los tesoros del mar. La maestra Marina propuso pegarlos en la pared, junto al mapa viejo del mundo. La flauta quedó

al lado de un dibujo de Lila; la cuerda, enrollada como una serpiente dormida; la tela de colores, convertida en banderín.

Mateo escribió debajo, con su letra torcida: "Cosas que trajeron las ola".

Karim añadió algo en su idioma. Nadie supo qué decía, pero todos estuvieron de acuerdo en que se veía bien ahí.

Esa tarde, cuando la maestra abrió la caja de preguntas, encontró un papelito nuevo. Estaba escrito con lápiz azul y decía: "¿Cómo se dice 'amigo' en la lengua de Karim?"

La letra era de Pablo.

La maestra no lo leyó en voz alta. Solo sonrió, dobló el papelito con cuidado y lo guardó en el bolsillo de su delantal, junto a las conchas que tintineaban cuando caminaba.

Afuera, el mar seguía enviando olas.

Y en el aula, sobre la repisa junto a la ventana, la caja de preguntas esperaba— nunca vacía, siempre abierta —como una caracola lista para escuchar.

Somos el **Movimiento por la Paz -MPDL-**.

Somos una ONG independiente, laica y progresista que desde 1983 trabajamos por el pleno cumplimiento de los **Derechos Humanos**, la gobernabilidad democrática, la igualdad y la solidaridad entre las personas y los pueblos.

Porque la paz es mucho más que la ausencia de guerra.

www.mpdl.org

El árbol que sabía escuchar
Joselín Castañeda Triana

El club de los nombres largos
Camino Guardia Álvarez

El festival de los colores
Miguel Melgar Garrido

Dos flautas y un mismo aire
Camino Guardia Álvarez

La plaza de los colores
Manuel Joaquín Moguer Foncubierta

El jardín de todos los colores
Joselín Castañeda Triana

¿Dónde está mi sombra?
Francisco García Jiménez

La palabra prestada
América Isabel Sánchez Rodríguez

La escuela de las olas
Joselín Castañeda Triana

Ilustración: **Tamires María Lima Goncalves Santos**